



Un elenco.

El sentimiento de lo contrario: *El arte de la comedia*¹



En su reestreno en el Teatro Español, actores de la talla de Manuel Galiana y María Fernanda D'Ocón se preguntaban dónde habían actuado antes aquellos actores que acababan de representar *El arte de la comedia*. Era julio, corría el año 2010 y se cumplían quince años del Teatro de La Abadía, que ha supuesto un importante impulso en el panorama escénico de nuestro país, especialmente en lo que se refiere a la formación de jóvenes actores que, a través de numerosos talleres y diversos proyectos escénicos, ha dado como fruto una destacada y nutrida generación de intérpretes de teatro, cine y televisión en la actualidad.²

José Luis Gómez, su fundador y director, declaraba, a pocos días de inaugurar el teatro, que el principal objetivo de la creación de La Abadía «trataba de encontrar un sitio donde el actor, a través del entrenamiento, pueda encontrar un cierto grado de excelencia en su profesión y un entrenamiento que consista en unificar, con un criterio muy concreto, el tipo de actor que se busca. Ese es el núcleo de La Abadía».³

Quince años después, la pregunta de Galiana y D'Ocón confirmaba la necesidad de la reflexión, que no balance, planteada por el equipo de Gómez sobre el camino andado durante sus primeros tres lustros. Algo bueno deben de tener, pues, las conmemoraciones.

Se eligió un texto que no había sido estrenado en castellano anteriormente, y que contenía el germen del éxito del montaje. La obra de De Filippo⁴ hablaba sobre una compañía de teatro a la deriva que, tras el incendio de su carpa, solicita al recién nombrado gobernador del lugar su presencia en la próxima función, para así conseguir que el pueblo siga sus pasos y llene la sala. El eterno enfrentamiento teatro-poder, ante la negativa del gobernador, se resolverá con la vendetta de los cómicos: el

advenedizo tendrá consigo el poder, pero en las manos de los actores está la verdad, y la modificarán a su antojo.

La obra podría ser desconocida para el público español, pero no así el tema, pues esta venganza, que ya de lejos venía perpetrándose por Chanfallas y Chirinos en el cervantino entremés *El Retablo de las Maravillas*, contiene la piedra basal de la duda existencial sobre la realidad humana: si su materia es de carne o sueño, lo que tantos versos han llevado al éxito —o fracaso— en nuestra escena.

Para tejer la urdimbre del texto con la trama del elenco, se acertó a nombrar a Carles Alfaro como director⁵. La empresa no era fácil, ya que a dirigir esta pieza, como encargo para una celebración conmemorativa, debía añadirle trabajar con un doble reparto, que hiciera un recorrido a través de todas las promociones de actores y actrices de La Abadía. Lo que a primeras luces podría haber devenido, más que en un montaje, en un evento sin más proyección que la de un homenaje interno y con probables problemas en la complicada producción, se convirtió en uno de los acontecimientos de la temporada, como demuestran las excelentes críticas cosechadas⁶, los premios y menciones recibidos⁷ y la numerosa asistencia del público.⁸

El director, cuyo carácter es conocido en la profesión por su rigor, precisión y seriedad, aglutinó a un elenco en cuya selección se trató de buscar la mayor eficacia. Fue, sin duda, la elección de Pedro Casablanc, en el papel del gobernador De Caro, la que facilitó la integración del resto de los actores. Su gran trabajo de escucha era la amalgama perfecta para la galería variada de personajes que desfilaban por su despacho, interpretada magníficamente por todos ellos.

El proceso de ensayos fue arduo, difícil por momentos, y siempre de gran intensidad. Para Alfaro, que mostró desde el comienzo un gran respeto a la propuesta de Eduardo de Filippo, era muy importante profundizar en cada escena. El análisis de texto se hizo de forma exhaustiva, como de manera exhaustiva se hacía el análisis de los ensayos. El director buscaba la precisión en la repetición de la partitura escénica de cada actor, a quienes pedía trabajar la comedia bien desde la sutilidad de los tiempos de su personaje, bien desde el compromiso con las razones que debía exponer cada actor.⁹ La comedia no nacía en el punto de vista actoral, sino en la conciencia de la propia situación vivida, siendo fiel al principio que marcara Luigi Pirandello en su ensayo *El humorismo (Ensayos)*. Madrid: Guadarrama, 1968) y que tanto pudo influir en el teatro de De Filippo:

[...] el humorismo consiste en el sentimiento de lo contrario, provocado por la especial actividad de la reflexión, que no se oculta, que no se convierte, como suele suceder ordinariamente, en el arte, en una forma de sentimiento, sino en su contrario, aun siguiendo paso a paso el sentimiento como la sombra sigue al cuerpo. El artista ordinario se preocupa del cuerpo solamente; el humorista tiene en cuenta el cuerpo y la sombra, y tal vez más la sombra que el cuerpo; se da cuenta de todas las bromas de esta sombra, de cómo a veces se estira y otras se encoge, como si remedara al cuerpo, que mientras tanto no la calcula ni se preocupa de ella (205-206).

El arte de la comedia fue un proyecto que nos devolvió, tanto a la profesión como al público en general, esa mirada sencilla de los cómicos como De Filippo, que iban con su carpa de plaza en plaza¹⁰. En ella se defendía la dignidad de una labor tantas veces desprestigiada, pero siempre necesaria. Y demostraba que los proyectos que tienen objetivos a medio y largo plazo se hacen más precisos cuanto más cortoplacista es su sociedad. Que en España los buenos actores no están escondidos es una obviedad. Pero que debemos buscar recursos y medios para que los espectadores se acerquen a conocerlos no deja de ser menos obvio.

Domingo Ortega

■ NOTAS

¹ Agradezco a Ana Isabel Fernández Valbuena sus acertados comentarios, recuerdos y referencias, así como los precisos y apasionados datos de los actores Jesús Barranco y Lola Manzano, que en sendas entrevistas me abrieron paso para escribir esta reseña.

² El plantel de actores, a quienes se les ha venido a llamar Los Abadías, es tan amplio como injusto no poder mencionar más que a unos cuantos: José Luis Alcobendas, Ernesto Arias, Jesús Barranco, Ester Bellver, Lola Dueñas, Pedro Casablanc, Israel Elejalde, Elisabet Gelabert, Alberto Jiménez, David Luque, Carmen Machi, Lola Manzano, Daniel Moreno, Luis Moreno, Lidia Otón, Pepe Viyuela... Todos ellos provenían de distintas escuelas, y en mayor o menor medida han podido incrementar su formación en distintos talleres. El *Curso Abadía*, al comienzo del proyecto, consistió en talleres de varios maestros/monitores impartidos a actores y actrices seleccionados previamente, y cuyas intenciones fueron crear un elenco y establecer un trabajo común, especialmente en el entrenamiento y el acercamiento al texto. Actualmente ya no se realiza esta selección,

pero se siguen impartiendo otros talleres, que dividen en Abadía Abierta, Talleres de exploración, Talleres Maestros, Talleres internos, Talleres externos, Talleres internacionales, (v. http://www.teatroabadia.com/formacion/actividades_realizadas.php)

³ Entrevista de Carlos Galindo, *ABC*, 29 de diciembre de 1994.

⁴ Sobre este gran autor se hace imprescindible revisar el importante estudio de Ana Isabel Fernández Valbuena, *Eduardo de Filippo: un teatro, un tiempo*, Madrid: Fundamentos, RESAD, 2004. Fernández Valbuena fue, además, quien firmó la traducción y versión del texto del montaje que nos ocupa, y la principal responsable de acercarnos con gran rigor un texto que, en el original, contiene características locales, desde el uso de dialectos al contexto italiano de los años sesenta.

⁵ Sería injusto no mencionar aquí a Fefa Noia que, desde la asistencia de dirección, nos consta que jugó un papel imprescindible para el buen desarrollo del montaje.

⁶ Críticos como Ignacio García May (*El Cultural*), Javier Vallejo (*El País*), Javier Millán (*El Mundo*), Juan Ignacio García Garzón (*ABC*), Miguel Ayanz (*La Razón*), Miguel Verdú (*Guía del Ocio*), elogiaron la puesta en escena y especialmente la gran interpretación de los actores.

⁷ Premio ADE a la Mejor Dirección y Mejor Vestuario; elegida por la revista *El Cultural* como Mejor Espectáculo de la temporada 2009-2010; finalista de los Premios Max en las categorías de Mejor Espectáculo, Mejor Dirección, Mejor Adaptación de Obra Teatral en la edición de 2011.

⁸ Según los datos que gentilmente nos ha facilitado la Fundación Teatro de La Abadía, el número total de espectadores fue de 21.935, lo que supone un aforo completo durante la temporada.

⁹ Tenemos la suerte de contar con la grabación de un ensayo, donde se ve reflejada la precisa forma de trabajo de Alfaro con los actores. Se puede acceder a esa grabación en el videoblog que se creó como seguimiento del proceso de creación de la función, y que se encuentra alojado en la web del Teatro de La Abadía.

¹⁰ El trabajo de las compañías de teatro que se desplazan de pueblo en pueblo con su propia carpa no es una realidad ajena en España. Aún queda alguna compañía que continúa esa labor, como se puede ver en el documental *Cómicos*, de Marta Arribas y Ana Pérez (2009).